

so el establecer dogmas con ayuda de mentiras. A los ojos de los fieles, los dogmas son verdades reveladas por Dios en las que deben creer como condición de salud. Cuando un dogma es falso, es á Dios á quien se hace mentir, y lo que se impone á los hombres como condición de salud es un veneno del alma. Un dogma falso, imaginado por la superstición ó inventado por la ambición y la codicia, debe abrir ó cerrar las puertas del cielo. ¿Se puede concebir un sacrilegio más horrible? Pues el dogma de la Inmaculada es un tejido de errores y tiene por apoyo una masa de falsificaciones materiales y morales.

No soy yo, librepensador, son los católicos sinceros los que han tomado la iniciativa de esa grave acusación contra la bula de Pío IX y contra el dogma que ha consagrado. En la *Memoria de los opositores* se lee: "La decretal de Pío IX contiene un número infinito de falsedades y de novedades profanas, contra las cuales debe pronunciarse valerosamente todo buen cristiano." En otro pasaje, el abate Laborde acusa á la bula de *documento falso* (1). Pero oigamos á un teólogo católico que se ha ocultado tras del anónimo: "El redactor de la bula firmada por Pío IX pretende que la doctrina de la Inmaculada Concepción está contenida en la Sagrada Escritura y en la tradición; pero no vacilamos en decir que de todos los textos que indica, no hay uno solo que haya sido aplicado á la Inmaculada Concepción por los Padres de la Iglesia." Lo contrario es cabalmente lo que afirma el papa, ese órgano infalible de la verdad divina. Pero oigamos la protesta del teólogo contra aquella temeraria aserción: "Lo decimos muy alto y sin temor de ser contradichos: ningún Padre de la Iglesia ha aplicado á la Concepción de la Santísima Virgen texto alguno de la Sagrada Escritura." La bula dice que la Iglesia católica, *columna de la verdad*, ha mirado siempre á la inocencia original de la Virgen como una doctrina contenida en el depósito de la revelación, según lo atestiguan los monumentos de la Iglesia oriental y occidental. Pues bien, lo que la Iglesia, *columna de verdad*, proclama por boca de su jefe es falso. "Lo repetimos, dice nuestro teólogo, no hay una palabra, ni una sola palabra en los monumentos de la tradición oriental y occidental, durante los doce primeros

(1) *Memoria de la oposición*, p. 12.

siglos, que haga la menor referencia á la Inmaculada Concepción," (1).

Oigamos también á un filósofo que era católico en la época que fué promulgada la bula; M. Huet se subleva contra esa obra de fraude y de ignorancia, y la condena con una justa indignación. "Todos los obispos, con el papa á la cabeza, sin otra necesidad que el fanatismo de la dominación, del espíritu de partido y de la ignorancia, se precipitan con júbilo en la herejía. Atacados de vértigo, quieren que una opinión nacida en las tinieblas de la Edad Media llegue de repente á ser, en medio del siglo XIX, un dogma auténticamente revelado por Dios, enseñado por los apóstoles y mantenido sin interrupción en la Iglesia. Jamás se abusó hasta tal punto de la credulidad del mundo católico. Importa, pues, sondar la llaga de la Iglesia: *Al decretar como dogma una creencia desconocida de la antigüedad, el papa y los obispos falsean la palabra de Dios*," (2).

Vamos á presentar en seguida nuestras pruebas en apoyo de esa acusación, pruebas tan evidentes que han debido llamar la atención á más de un católico, sobre todo en el seno del clero; y, sin embargo, no ha habido más que raras protestas contra el nuevo dogma. ¿Es eso fe? ¿Es ignorancia? ¿O es el fanatismo de la dominación, como dice M. Huet? A la vista tenemos un folleto escrito por un sacerdote alemán en respuesta á la bula de Pío IX; el escrito respira una gran moderación y una grandísima honradez; el alma cándida del autor se subleva contra la poca probidad de aquellos que se hacen defensores de una creencia fundada en la ceguedad y en falsos títulos (3). El pobre clérigo fué destituido como loco, porque no quería creer en un dogma que parecía fabricado en una casa de orates.

Citaremos un último hecho, al cual damos grandísima importancia. Un joven Belga, perteneciente á una familia católica, educado por clérigos y lleno de superstición, se relacionó con los opositores de París; creyente como un levita, se puso á estudiar los documentos invocados en la bula para con-

(1) *Observaciones de un teólogo acerca de la bula de Pío IX*, páginas 19 y 20, ed. francesa.

(2) HUET, *Appel aux catholiques contre la nouvelle hérésie (Essais sur la réforme catholique)*, par BORDAS-DEMOULIN et HUET, p. 599.

(3) BRAUN, *Katholische Antwort auf die päpstliche Bulle von der unbesteckten Empfängnis Maria*, p. 37.

vencer á sus amigos de la verdad del nuevo dogma; resiste durante largo tiempo á la evidencia y combate contra sí mismo; pero al fin cede á la luz de la evidencia, y de ortodoxo se hace librepensador. Ese joven, tan modesto como ilustrado, se oculta bajo el velo del anónimo para escribir ya sobre la Inmaculada Concepción, ya sobre los orígenes del cristianismo, páginas que sus amigos tienen que quitarle. Su voz tiene más autoridad para nosotros que la de los obispos y cardenales que cooperaron á una obra de superstición y de fraude. Él mismo dice en su trabajo sobre el nuevo dogma "que había estudiado y meditado los escritos de los Santos Padres con un sincero amor de la verdad, procurando inquirir su pensamiento relativamente á la cuestión; que deseaba ardientemente encontrar en ellos la prerrogativa que se atribuye á la Madre de Dios, y que si hubiera sido posible hallarla comprobada, no había en él la perversidad de negar ese honor á la Virgen. Pero que, lo dice con dolor, no ha logrado descubrir un solo testimonio que deponga en favor de aquel privilegio." Estas últimas palabras son del erudito Muratori; y cuando se las pone enfrente de las aserciones de la bula, se debe exclamar con el escritor belga: "¡Qué castigos reserva Dios á pastores que no temen emplear la mentira y el fraude para fundar una revelación que el Evangelio estigmatiza y rechaza!" (1).

Los ortodoxos dirán que estas protestas están saturadas de herejía ó de cisma. Pero ¿qué responderán á los apologistas del nuevo dogma? Este es uno de los puntos curiosos del debate. El padre Petavio, doctísimo teólogo, era partidario de la *piadosa creencia*; pero era un hombre de ciencia de elevados sentimientos; y ¿qué pensaría de las autoridades invocadas por los fanáticos de su tiempo y reproducidas por los del nuestro, cuando decía: "Estoy muy conforme con la piedad y los esfuerzos de la mayor parte de los que quieren preconizar á la Santísima Virgen; pero pido que se ponga mucho cuidado y se emplee mucha crítica en el examen de esta cuestión. Porque se citan autores sin aplicar á ellos esa buena fe y ese discernimiento que ante todo son necesarios, y se tuercen las palabras de antiguos autores por medio de falsas interpretaciones?" (2).

(1) *Étude sur la bulle Ineffabilis, dans la Réforme catholique*, de BORDAS-DEMOULIN et HUET, p. 594.

(2) PETAV., *de Incarnatione*, libro XIV, cap. II, § 10.

La moderación con que Petavio reprueba los vergonzosos medios con los que se quería acreditar la piadosa creencia aumenta la gravedad de la censura. El mismo Malou ha creído conveniente censurar la ciencia de mal tono que compromete á la Iglesia en cuyo servicio se emplea. "Buenos autores, dice él, han invocado hasta en nuestros días magníficas pruebas en apariencia, pero en realidad sin valor; han presentado pasajes apócrifos, contradictorios, alterados, tomados en un sentido en que nunca había pensado el autor ó directamente contrario á su pensamiento." A más de eso, el obispo de Brujas dice: "Hay libros en que se amontonan hasta cien citas de antiguos doctores que si se examinan atentamente, se advierte que ni una sola de aquéllas confirma el sentido en que las ha tomado el autor del libro," (1).

¡De cien citas ni una sola que no sea falsa! ¡De modo que cuantos testimonios se han aducido en favor del dogma, otras tantas falsificaciones morales! ¡Además, pasajes apócrifos, es decir, forjados por falsarios! Por último, ¡textos alterados, es decir, falsos materiales! ¿No se diría que estaba uno en una caverna de monederos falsos? Monseñor Malou añade que él ha separado con gran diligencia esas pretendidas pruebas, "y que se ha limitado á reunir testimonios evidentes, incontestables, tomados en el propio sentido que sus autores." ¿Quién no creería, después de esa declaración, hecha por un obispo, que efectivamente en su obra no hay textos apócrifos, alterados, mal entendidos ó falsamente traducidos? Pues bien, monseñor es culpable del mismo crimen de que acusa á los demás. Y se pregunta uno con ansiedad, si estaría engañado ó si habrá querido engañar. Aquel que ve con tanta claridad los errores en los demás, ¿podía no haber visto los errores que pululan en su obra? ¿Á qué ese cuidado de declarar en el prefacio que apartaba á un lado todas las pruebas sospechosas? ¿Es para engañar mejor? Por nuestra parte sólo hacemos la pregunta y dejamos la respuesta á Dios. Si nuestras preguntas envuelven una injuria no merecida, desde ahora nos retractamos. La verdad es que se ve uno asaltado de malos pensamientos cuando se encuentra entre gentes de iglesia.

¡Por donde quiera falsedad, por donde quiera mentiras, aun tratándose de un dogma, es decir,

(1) MALOU, *l'Immaculée*, t. II, p. 11; t. I; Prefacio, p. xv.

de una verdad que se llama revelada! En las *Observaciones de un teólogo sobre la bula de Pío IX* se lee lo siguiente: "La bula (*Ineffabilis*) es un castigo de Dios contra el ultramontanismo; la Providencia ha querido que el propio pontífice probase al mundo católico que su pretendida infalibilidad no era más que un sueño forjado por el servilismo y sostenido por el orgullo." Nosotros creemos que el castigo ha de ser más ejemplar y que llegará más arriba: es el catolicismo el que sufrirá las consecuencias. Exceptuada una exigua oposición, el nuevo dogma ha sido acogido con transportes en el mundo católico. ¿Es ignorancia y superstición, ó es cálculo y complicidad? Sea lo que quiera, hay en ello un gran culpable, la Iglesia. Y lo que aumenta la gravedad del debate es que la historia de la *piadosa creencia* es la historia de todos los dogmas. Todos los misterios son *piadosos fraudes, piadosas mentiras, piadosas aberraciones*; pero como casi todos se esconden en la noche de los tiempos, la impostura no la conocen más que los doctos. La Iglesia ha tomado el trabajo de desenmascararse á sí misma, forjando en pleno siglo XIX un nuevo dogma, el más simple de todos, el más combatido en su propio seno, el más contrario á la tradición. Si, hay que estar ciego para no ver la mano de Dios en ese acto de locura. Dios, dice el poeta, ciega á los que quiere perder. Las explosiones de alegría, las fiestas, las procesiones con que han celebrado la Inmaculada Concepción han servido también para celebrar la ruina del cristianismo tradicional.

## II

No hay dogmas nuevos en el catolicismo: tal es la pretensión de los teólogos, ó mejor dicho, la ficción en que se apoya la inmortalidad de la Iglesia. ¿Está en posesión de la verdad absoluta, y esa verdad no cambia ni progresa? Nosotros respondemos que la verdad absoluta no existe para el hombre, y que si alguien está distante de poseerla es cabalmente la Iglesia católica. ¿Cómo poner la ficción en armonía con la realidad? La ficción sólo se puede sostener con la ficción. El dogma de la Inmaculada necesita una tradición que se remonte hasta los apóstoles, hasta el mismo Jesucristo. Pero aun cuando existiese la tradición en favor de creencia supersticiosa, no por eso dejaría de

ser una superstición. Además, la tradición es un piadoso fraude, así como el dogma es una invención de la ignorancia unida á la superchería. Y lo que decimos del nuevo dogma puede aplicarse en cierto modo á todos los misterios que la Iglesia ha imaginado para encadenar las almas. Hé ahí por qué insistimos sobre la tradición que invoca la bula: convencer á la Iglesia de falsedad en un punto es convencerla en todos.

Los teólogos tienen por costumbre citar la Sagrada Escritura para apoyar en ella sus dogmas. La bula *Ineffabilis* comienza, al contrario, por invocar la autoridad de la santa sede. ¿Es un descuido? ¿Ha querido al papa ponerse delante de Dios? ¿Ó ha sido cálculo, conociendo que la Sagrada Escritura es un fundamento ruinoso? Pues no lo es menos la tradición romana. Pero oigamos á Pío IX: "La Iglesia católica, que, inspirada siempre por el Espíritu Santo, es la columna y el cimiento de la verdad, no ha dejado nunca de explicar, desenvolver y fecundar más y más cada día por medio de rezones sin número la inocencia original de la Virgen." El papa continúa exaltando á la Iglesia de Roma en términos ampulosos; pero cuanto más la exalta, más la abate. Si fuera cierto que Roma hubiese sostenido siempre la Inmaculada Concepción, habría sostenido siempre un error grosero; y se la ensalza hasta las nubes como la columna de la verdad! Ella es el centro de la verdad, dice Pío IX, y de ella deben recibir todas las Iglesias la tradición de la fe. "Nada ha tenido más sobre sí esta Iglesia romana que el emplear los medios más persuasivos para establecer, probar y propagar la doctrina y el culto de la Inmaculada Concepción; en las numerosas actas de los pontífices romanos, nuestros predecesores, encontramos de ello un testimonio evidente y manifiesto." Más adelante vuelve á insistir Pío IX en la tradición romana, y afirma que los papas no han permitido nunca que fuese censurada ó despreciada por nadie la piadosa creencia: "Y han ido más lejos, declarando terminantemente y en muchas ocasiones que el dogma de la Inmaculada estaba completamente de acuerdo con el culto de la Iglesia, y que era la antigua y casi universal doctrina que Roma se ha encargado de sostener y defender," (1). No se podría

(1) *La Bulle Ineffabilis*, dans MALOU, *l'Immaculée*, t. II, páginas 503, 504, 508.

afirmar una cosa más resueltamente: la Iglesia romana no ha dejado de defender la Inmaculada Concepción. Pues se encuentran papas que la han negado. Y no hay uno solo que en calidad de soberano pontífice haya declarado á la Virgen exenta del pecado original. Citaremos las palabras del más ilustre de los obispos de Roma. Inocencio III dice hablando de la Anunciación: "Después de estas palabras del ángel, el Espíritu Santo descendió inmediatamente sobre María. Ya antes había estado en ella desde que, hallándose en el seno de su madre, purificó su alma del pecado original. Y ahora descendió para purificar su carne de la concupiscencia del pecado, á fin de que no tenga arruga ni mancha." El gran papa proclama sin vacilar en un sermón, y como anunciando una verdad innegable, que el Espíritu Santo ha purificado á la Virgen del pecado original; luego había sido concebida en pecado. Y eso es lo que Inocencio III declara en términos expresos en otro sermón: "Eva ha sido formada sin pecado, pero ha concebido en el pecado. María ha sido concebida en el pecado, pero ha concebido sin pecado," (1). Que se comparen esas palabras tan claras al lenguaje de Pío IX. La bula afirma que la Iglesia romana ha defendido siempre la Inmaculada; Inocencio III la niega. Luego Pío IX afirma lo contrario de la verdad en el momento mismo en que proclama que Roma es la columna de la verdad. ¿Ha sido ignorancia, ó especulación sobre la ignorancia? Y que no se diga que la opinión de Inocencio III es aislada. Aun cuando fuera el único papa que hubiese negado la Inmaculada Concepción, bastaría su testimonio para destruir la pretendida tradición invocada por Pío IX. Pero no es aquél el único papa: Inocencio V se explica acerca de la Concepción de la Virgen con una precisión que no deja lugar á dudas, y es absolutamente de la misma opinión que Inocencio III: "La bienaventurada Virgen ha sido santificada en el seno de su madre, no antes de que su alma hubiese sido unida á su cuerpo, ni en el momento mismo de esa unión, porque si eso fuera, hubiese estado exenta del pecado original y no hubiese tenido necesidad de la redención de Jesucristo necesaria á todos los hombres, COSA QUE NO SE DEBE DECIR. Pero es necesario creer piadosamente

que María fué purificada por la gracia y santificada muy poco tiempo después de aquella unión: por ejemplo, el mismo día ó en la misma hora, pero no en el instante mismo de la unión," (1). Inocencio V reprueba lo que Pío IX proclama como una verdad revelada, lo que declara haber sido siempre defendido por la Iglesia romana, columna de la verdad. Hé ahí bien patente la ceguedad de que habla el poeta.

"Nuestros predecesores, continúa Pío IX, se han gloriado de instituir en la Iglesia romana la fiesta de la Concepción y de aumentar el culto ya establecido con un oficio especial," (2). ¡Otra inexactitud en una bula firmada por un infalible! La fiesta de la Concepción fué un gran papel en las pruebas alegadas en apoyo de la *piadosa creencia*. San Bernardo nos va á decir á quién se debe esa fiesta y lo que él opinaba de ella. A mediados del siglo XII se les ocurrió á unos monjes de Lyon instituir la fiesta de la Concepción, y el abad de Clairvaux les escribe: "No puedo salir de mi admiración, y me pregunto en qué piensan algunos de vosotros al querer introducir una nueva fiesta que el uso de la Iglesia ignora, y que ni está aprobada por la razón, ni autorizada por la tradición antigua... ¿Para qué esa fiesta? ¿Para honrar la Concepción?... Pero ¿cómo pudo esa Concepción ser santa y cómo debería ser festejada? ¿Porque fué prevenida por la santificación? Pero María no pudo ser santa antes de existir. ¿La santidad iría de tal manera unida á la Concepción en medio de los abrazos conyugales que la Virgen fuese á la vez concebida y santificada? La razón tampoco permite aceptarlo. Y en efecto, ¿cómo había de existir la santidad sin el espíritu santificante? Y ¿cómo el espíritu santificante se había de haber asociado al pecado? ¿Ó cómo, en fin, podría no haber pecado allí donde medió indudablemente la concupiscencia? No habría más remedio que decir que María fué concebida del Espíritu Santo, no de un hombre; pero eso nadie se ha atrevido todavía á decirlo..." Hé ahí la reprobación formal de la Inmaculada Concepción. Oigamos ahora lo que el santo abad piensa de la fiesta de la Concepción: "Era necesario, dice, haber consultado á la santa sede antes de

(1) Véanse las pruebas en los *Études sur le nouveau dogme de l'Immaculée Conception*, p. 7.

(2) *La Bulle Ineffabilis*, en MALOU, *l'Immaculée*, t. II, p. 505.

establecerla y no seguir así precipitadamente la *simplicidad de algunos ignorantes*. Ya había yo observado ese error en algunos, pero lo disimulaba disculpando una devoción que procedía de la sencillez del corazón... Pero encontrando esa superstición en personas discretas, no sé si hubiera podido disimularla sin cometer una gran falta,, (1).

San Bernardo trata de *error supersticioso* una creencia que Pío IX consagra con su autoridad infalible como una *verdad divina*. En cuanto a la fiesta de la Concepción, el abad del siglo XII habla de ella con desdén y como de una invención de algunos monjes ignorantes; niega la tradición, es una fiesta nueva; niega que la Iglesia romana la haya instituido, y hasta se queja de que se haya establecido sin consultar á la santa sede; de consiguiente, Roma ignoraba la *piadosa creencia* y la fiesta en tiempo de San Bernardo.

¿Es verdad que ella la ha defendido después y la ha propagado con ese amor que el papa decanta? Santo Tomás, en el siglo XIII, nos enseña que la Iglesia romana y muchas otras no celebraban la fiesta de la Concepción. ¿Por qué no lo hacían? El evangélico doctor lo dice. *Porque la Virgen ha sido concebida en pecado original*. En cuanto á los que celebraban la fiesta, ¿era porque estuviesen convencidos de la Inmaculada Concepción? Nada menos que eso; lo hacen, dice Santo Tomás, porque creen que María fué santificada en el vientre de su madre, aunque sin saber cuándo. El ilustre doctor insiste en este punto capital: "Como se ve, esta fiesta no debe referirse á la Concepción por el motivo de la Concepción misma, sino por el motivo de la santificación. Por consiguiente, no se debe celebrar la *Concepción*, porque la Virgen hubiera sido *concebida sin pecado original*." En otra parte, Santo Tomás dice que la Iglesia romana tolera la fiesta de la Concepción, cuidando de añadir que esta fiesta no implica el que la Virgen haya sido santa en su concepción (2).

A la vista de esos testimonios, ¿en qué viene á quedar la solicitud constante que la Iglesia romana ha empleado en propagar la fiesta de la Concepción y la *piadosa creencia*? En que en el siglo XIII no creía ella misma en la Inmaculada Concepción.

(1) S. BERNARDI *Epis.* CLXXIV.

(2) S. THOMAS, *Quodlibet VI, quasi. v, art. 7.* — *Summa theol.*, part. III, *quasi. XXVII, art. 2, § 3.*

Inocencio III é Inocencio V la niegan, así como los más ilustres doctores. Y en cuanto á la fiesta, lejos de propagarla, no la celebraba; la toleraba solamente como una devoción imaginada por los simples, como dice San Bernardo. Pero aun cuando la fiesta hubiese sido celebrada en Roma y los papas la hubiesen favorecido, todo eso no probaría absolutamente nada, puesto que la fiesta tenía su principio en la santificación de la Virgen, lo cual implica que María había sido concebida en pecado original, como dice Santo Tomás. Como se ve, los testimonios que Pío IX invoca atestiguan contra él. ¿Sería acaso por esta razón por la que los editores romanos de Santo Tomás mutilaron los escritos del doctor angélico? Monseñor Malou confiesa que alteraron los textos (1). Hé aquí cómo se respeta en Roma la verdad, lo cual no impide que la Iglesia romana se siga llamando columna de la verdad. ¡Decididamente los hombres merecen que se les engañe, cuando se dejan engañar con tanta impudencia!

Nos hallamos en el siglo XIV. La fiesta de la Concepción se extiende gracias á la simplicidad de que habla San Bernardo y á la complicidad de los que están interesados en fomentar la credulidad de los simples. ¿Qué opina de ella la santa sede? "La Iglesia romana, dice Alvaro Pelagio, no celebra ni aprueba la fiesta de la Concepción," (2). Y no es que Roma continuase la superstición, sino que necesitaba contemporizar con los dominicos, y los discípulos de Santo Tomás no querían oír hablar de la Inmaculada Concepción. Hé ahí por qué los legados pontificios combatieron la *piadosa creencia* en el concilio de Basilea. Prevalíanse los partidarios de aquella de la fiesta de la Concepción; y ¿qué respondió el cardenal Turrecremata? "Negamos que la Iglesia romana, ó la santa sede apostólica, haya instituido, canonizado ó decretado esa fiesta, y negamos que la celebre," (3). De este modo, la Iglesia romana del siglo XV desmiente formalmente al papa del siglo XIX. Evidentemente, el papa se engaña ó quiere engañar. ¡Y ese error ó ese fraude sirve para fundar un nuevo dogma, un dogma revelado!

La fiesta de la Concepción es el fundamento de

(1) MALOU, *l'Immaculée*, t. II, p. 466, nota 1.

(2) ALV. PELAG., *de Planctu Ecclesie*, lib. II, art. 52.

(3) Esta cita la tomamos de la obra *Études sur le nouveau dogme de l'Immaculée Conception*.

esa verdad *revelada*, y se la hace remontar á los primeros siglos de la Iglesia, y poco falta para que digan que la celebraron los apóstoles. El autor de los *Estudios sobre el nuevo dogma* ha destruido tan completamente esa prueba, que se ha vuelto contra los apologistas y contra la *piadosa creencia* (1). Tomaremos de él algunos detalles que caracterizan la moralidad del debate. El primer documento que hace mención de la fiesta es el *Typico*, conocido con el nombre de *San Sabas*, que vivió en el siglo V. Ese pretendido *Typico* es un apócrifo que, según dom Ceillier, se cree haber sido escrito en el siglo XI. De este modo, un documento fabricado sirve de apoyo á un dogma. Y no es único. En España se dice que la fiesta fué establecida por San Ildefonso en el siglo VII. En efecto, hay una vida de ese santo donde eso se lee; pero el docto Mabilon ha probado que esa vida data del siglo X, en vez de estar escrita, como se pretende, por el sucesor de Ildefonso. Otro apócrifo, otro fraude piadoso para probar la *piadosa creencia* (2). En Inglaterra, un concilio atribuye á San Anselmo la institución de la fiesta. Hé ahí un acta auténtica. Si, pero también se funda en un apócrifo. Siempre escritos fabricados, siempre falsificaciones para establecer una verdad revelada.

Mas ¿para qué insistir en eso? Aunque la fiesta fuese tan antigua como se dice, la prueba entraña una falsedad moral. Se la invoca para demostrar la Inmaculada Concepción, siendo indudable que muchos siglos después de instituida la fiesta, la Iglesia ignoraba aquel dogma. El Oriente festeja la concepción de San Juan Bautista con el mismo título que la de María. Y ¿quiere eso decir que el Precursor fuese concebido sin mancha? Seguramente que no, sino que los ortodoxos creen que fué santificado después de su concepción. Y lo mismo ha habido respecto de María, en cuya festividad hay además este pensamiento piadoso, que al celebrar su concepción se celebra la concepción de la Madre de Dios. Y no tanto se festeja á María como á Jesucristo. Y esto nos explica uno de los más sabios teólogos, un jesuita, el cardenal Belarmino: "Yo digo que el *fundamento principal* de esa fiesta no es la *Concepción Inmaculada*, sino sencillamente la Concepción de la futura Madre de Dios.

En efecto, cualquiera que haya sido esa Concepción, por lo mismo que fué la de la Madre de Dios, resulta para el mundo una alegría singular... Hé ahí por qué esa fiesta *es celebrada por aquellos mismos que creen que la bienaventurada Virgen ha sido concebida en el pecado*," (1). Si tal es el sentido de la fiesta, ¿qué pensar del papa y de los defensores de la bula, que la interpretan en el sentido de la piadosa creencia, que la hacen decir lo contrario de lo que dice y que la interpretan falsamente? Siempre falsedades para establecer un dogma revelado por Dios.

### III

El concilio de Trento figura en la bula de Pío IX antes que la Sagrada Escritura. Sabido es que los Padres de ese famoso concilio recibían el Espíritu Santo cada semana por el correo de Roma: al mismo tiempo que el papa expedía las creencias, cuidaba de añadirles los argumentos sonantes, tan poderosos para con los obispos famélicos de Italia. Pero el papa no hacía todo lo que quería. Los dominicos no entendían de bromas respecto al capítulo de la Inmaculada Concepción, y en el siglo XVI era aún necesario contar con la temible orden que disponía de la Inquisición. Así se explican las vacilaciones de los Padres de Trento. No sabemos si estaban ó no dispuestos ó promulgar el nuevo dogma; pero es lo cierto que no se atrevieron á hacerlo. Sin embargo, la bula *Ineffabilis* procura autorizarse con los decretos de Trento.

Cuando el papa no cita en falso, interpreta en falso. El concilio establece que todos los hombres nacen inficionados del pecado original, y después declara que no ha tenido la intención de comprender en su decreto á la bienaventurada Inmaculada Virgen María, Madre de Dios. Pío IX pretende que, por esa declaración, los Padres han *insinuado suficientemente* que la Santísima Virgen está exenta de la mancha original. Y después añade que dichos Padres hicieron *entender claramente* con aquello, que ni de la Escritura, ni de la tradición, ni de los Santos Padres se podría sacar nada que se opusiera en modo alguno al privilegio de la Virgen (2). El vicario infalible de Dios tiene una

(1) *Études sur le nouveau dogme*, deuxième Étude, p. 109 et suiv.

(2) *Études sur le nouveau dogme*, deuxième Étude, p. 213.

(1) BELARMINO, *Disput.*, t. II, p. 291.

(2) MALOU, *l'Immaculée*, t. II p. 512.